

## ENSAYOS

### Europa: cambio y continuidad\*

**Miguel González Avelar**

No podría en este momento precisar cuándo la antinomia Este-Oeste se volvió sinónimo de la pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética, pero seguramente fue a partir de la segunda posguerra. Va muy bien con la época de la "guerra fría" el uso de esta expresión aparentemente ayuna de contenido ideológico, mera descripción geográfica que situaba en el mapa a los contendientes, pero en realidad cargada de evocaciones siniestras y milenaristas para la conciencia europea. Nada más inquietante para la supervivencia de la cultura occidental, efectivamente, que la apelación a las exitosas invasiones árabes por el sureste del continente y la amenaza de Genghis Khan por el noreste.

La expresión Este-Oeste tenía así, en su laconismo radical, la fuerza necesaria para volverse políticamente eficaz. Y así fue. Dos generaciones han crecido con la idea sintética de que el único Oriente europeo, o más aún, el Oriente por antonomasia, es la Unión Soviética, y que ésta representa el compendio de todas las amenazas que han perturbado su historia. En cuanto a Estados Unidos, protagonista principal en el debate, pero excéntrico respecto al núcleo de la cultura occidental, la oposición geo-histórica Este-Oeste tiene un carácter más bien heredado, pero igualmente enérgico: aunque sólo cobra sentido para ello en vista de su carácter de potencia hegemónica con intereses en Europa. Porque en rigor, con la carga de angustia fronteriza sólo se explica, y paradójicamente por el Oeste, en la colindancia de Alaska con las desiertas e inhóspitas regiones de Kamchatka.

Entendería que a estas alturas alguien se preguntará: ¿a qué vienen estos remilgos geográfico-estilísticos, cuando estamos ante acontecimientos extraordinarios y ciertamente esperanzadores? ¿No basta con regocijarse ante lo que sucede? Porque es un hecho que la amenazante pugna Oriente-Occidente parece irse desvaneciendo, y con ella el estado de angustia que pesa sobre la humanidad desde hace cuarenta años. Si esto fuera así, si de verdad estuviéramos presenciando la liquidación de toda pugna militar entre el vasto catálogo de países susceptibles de agruparse en las especies de Este y Oeste, entonces habría motivo no sólo de regocijo sino hasta de sostener con algún crédito esa barbaridad que se ha escrito recientemente: que ha llegado el fin de la historia.

Me parece, sin embargo, que a la hora de juzgar lo que está ocurriendo en Europa ante el pasmo mundial hay un error de perspectiva; una equivocación de escala. Y bien puede ser que sea precisamente el pasmo la causa de este desacierto. Sugiero por tanto, en primer lugar, que los acontecimientos que desde hace seis meses se suceden en los países socialistas de Europa son, en su sentido más profundo, un fenómeno europeo; y que como tal debe ser comprendido, especialmente por los hombres americanos.

Hasta antes de la segunda guerra mundial —se hablaba entonces con mayor propiedad—, el Oriente no era de ninguna manera la Unión Soviética. Rusia, como tercamente se llamaba a la URSS, la Rusia soviética, era una porción de Europa acaso suspensa en su trato y derechos europeos por virtud de un régimen considerado exótico, pero claramente sentida como propia. La forma eslava de la cultura occidental. El oriente comenzaba rigurosamente en Persia y

\* Conferencia pronunciada en el xv Coloquio Internacional de Primavera, Centro de Relaciones Internacionales, UNAM, 18 de junio de 1990.

se extendía inmenso hacia la India, China y Japón. Ni siquiera el llamado Medio Oriente —medio en el sentido de ubicación y grado— formaba parte plena de aquel vasto racimo de pueblos mucho más remotos e inquietantes.

Rusia era una porción de Europa que había demorado enormemente su evolución política. Los vientos de *La marselesa* habían llegado allí en la dura versión napoleónica, y tal vez por esto contribuyeron a postergar lo que había de transformación libertaria detrás del proyecto usurpado por el emperador. La compresión histórica a que fue sujeto el pueblo ruso durante el siglo XIX, acumuló varios procesos pendientes en uno solo; y todo lo que debió contener un siglo de evolución social y política estalló incontenible en la gran Revolución de Octubre. Fue un enorme salto por sobre todo el siglo liberal; de las Tullerías al Palacio de Invierno, del Comité de Salud Pública a los soviets.

La inercia del enorme estallido social llevó a la URSS a empeñarse en un proyecto de organización económica y política que la separó, conceptual y comercialmente, de Europa; mas no por esto dejó de ser un actor principal en el continente. El juego de alianzas en la segunda guerra mundial, así como la evolución de la posguerra, muestran hasta qué punto su presencia allí es inescapable y determinante. Cuando finalmente Europa, repuesta de los estragos de la guerra, robusta y plena de creatividad, se plantea su destino a la luz de una compleja unidad histórico-cultural, entonces resuelve encararlo como un todo. Cada una de las naciones que la componen, poderosas por riguroso turno desde el siglo XVI, deciden abandonar el protagonismo que fue motor de su historia y presentar un frente unificado ante un mundo ineluctablemente multipolar. De ese proyecto forma parte necesariamente Rusia y, con modalidades que se irán resolviendo en el camino, también la URSS. Es la idea de los constructores de la Europa del 92; es la "casa común" que ha planteado el dirigente soviético; pero es imposible no reconocer en el proyecto también a Carlomagno, Carlos V y Napoleón.

Ante la reintegración del Occidente ¿qué pasa con el verdadero y otrora misterioso Oriente? La visión idílica del Oriente ha desaparecido. La profunda espiritualidad que se le atribuía, suficiente para concederle superioridad frente al materialismo occidental, ha sido canjeada por los valores más crudos del progreso y el desarrollo

tecnológico. Lo que Bertrand Russell escribió acerca de China a principios de los veinte no sólo es inexacto como afirmación, sino que muy pocos creerían hoy en la verdad de su aserto: "Pienso que un chino de tipo medio —decía— aunque sea miserablemente pobre, es más feliz que un inglés de tipo medio, y es más feliz porque su nación esta construida sobre una concepción más humana y civilizada que la nuestra". Este era, efectivamente, el tipo de convicciones que privaban entre los pensadores occidentales que escudriñaron el Oriente al doblar el siglo: entre ellos, por cierto, personalidades de primer rango como el propio Russell, Ortega, o Ricardo Wilhelm y Pearl S. Buck. Hablo, en consecuencia, de una convicción generalmente compartida en el ambiente espiritual de aquellos primeros decenios del siglo y no de una opinión estafalaria o aislada en el tiempo.

El desarrollo tecnológico, sin embargo, acuciado por la búsqueda del bienestar material aquí y ahora, ha ido modelando el rostro de los pueblos de manera cada vez más homogénea. La expansión de los modos de producir que son indispensables para satisfacer las necesidades de millones de personas, van desdibujando los contornos y peculiaridades de pueblos que antes se ufanaban de recia personalidad. Los rasgos sociales mas íntimos y propios del nacer, vivir y morir se disuelven en las ondas de la radio y la televisión. El ambiente de una planta de semiconductores en Seúl, Taipei o Singapur no es esencialmente distinto al de una empresa similar en Tijuana, Manchester o California. Y si acaso lo es, no podemos decir todavía en qué sentido. El paradigma del espíritu capitalista, que Max Weber depositó en el protestante europeo, florece hoy como en ninguna otra parte en el Japón, por más tercamente orientalista y ligeramente medieval que nos parezca.

Adicionalmente, de algunos años para acá la historia se construye con cemento de fraguado rápido; lo que llevaba centurias para considerarse una tendencia o un rasgo de carácter nacional, puede aparecer o desaparecer hoy en unos cuantos años. De tal suerte que en los nueve lustros que corren desde el fin de la segunda guerra mundial hemos presenciado un proceso, seguramente único en la historia del mundo, de rápida homogenización de las aspiraciones y valores sociales. Este fenómeno está ayudado además y extraordinariamente por una interdependencia

real y creciente entre todos los acontecimientos mundiales. El sistema de comunicaciones simultáneas e instantáneas lo refuerza. El hecho de que Wall Street haya decidido últimamente funcionar las 24 horas del día, da una buena idea de que más allá de los husos horarios y la geografía, la economía internacional es un continuo de factores interdependientes.

Ahora tenemos que recapitular, atendiendo a la obligada cortesía de que en una mesa, así sea una mesa redonda, deben servirse platos que no sean indigestos. Por tanto, si los acontecimientos en la Europa del Este, incluyendo los de la Unión Soviética, apuntan a una consolidación del carácter europeo de esa región del mundo. Si las supuestas diferencias entre Oriente y Occidente, tal como fueron percibidas a través de los siglos y especialmente en los primeros decenios del actual han desaparecido. Si todo tiene que ver con todo y, al mismo tiempo, las regiones geográficas a escala continental se afirman como protagonistas y depósito de los acontecimientos históricos, ¿qué quedara de Europa cuando concluyan sus arreglos en curso?, y simultáneamente, ¿qué será de nosotros, los "pobrecitos americanos"? Para responder permítanme invocar aquí la ayuda del señor Perogrullo.

Europa será más cristiana y más Europa que nunca —"Europa o la cristiandad" escribió Novalis. Y porque también se ha dicho: "La identidad y comunidad de un último propósito visible es el primer signo que caracteriza a la humanidad europea". (G. Haas, "Los tipos de humanidad. La unidad de Europa", *Revista de Occidente*, núm. XVIII). La "casa común" de Europa extenderá de modo natural sus territorios, desde Gibraltar hasta Vladivostok, dándole inesperadamente una cara al Pacífico. En este océano se

encontrarán cuatro continentes y, como se ha presentado ya desde hace años, vendrá a ser el Mediterráneo de los siglos por venir.

**E**n cuanto a nosotros los americanos, el espejo de Europa tendrá que ser estímulo para una revisión profunda de nuestro modo de encarar el mundo. El latinoamericanismo fue una forma de excluir a Estados Unidos de nuestros tratos y un conjuro para defender frente a él nuestras soberanías; el panamericanismo, en cambio, el esquema en que Estados Unidos nos engullía para su proyecto nacional. El hispanoamericanismo, o con más amplitud el iberoamericanismo, reconocen filialmente aunque no exentos de subordinación, una de nuestras raíces como pueblos, pero tienden a desdibujar las otras. Y lo mismo hace el indoamericanismo. En todos los casos, el continente, como realidad y como concepto ha quedado incompleto, inacabado, porque en cualesquiera de los casos se excluye sin razón aparente a Canadá. Probablemente un americanismo sin prefijos, por vez primera global, sea la perspectiva con que tengamos que ver el futuro. Quizá entonces se manifieste la esperanza que los mejores abrigaron al aparecer el Nuevo Mundo: he aquí, dijeron, un espacio propicio para el ejercicio y la militancia del humanismo. En aquel entonces el humanismo se fundaba sobre todo en un acto de fe, que consistía en suponer la igualdad esencial de lo humano, aunque no se conocieran todas las variantes de comunidades, etnias, pueblos y naciones. Hoy que ya se han explorado en lo fundamental, y la historia y la antropología nos han entregado el repertorio universal del ser, el hacer y el querer de los hombres, bien podríamos retomar, con renovado entusiasmo aquel proyecto primigenio.